

AGENDA CIUDADANA

UNA PECULIAR LUCHA DE ELITES Y EL INTERÉS NACIONAL.

Lorenzo Meyer

El Síntoma.- Aparentemente, Washington ya dejó de preocuparse por no humillar en público a la clase gobernante mexicana. En el pasado, la injerencia norteamericana en los asuntos internos del vecino del sur no era frecuente y siempre se hacía de forma discreta, respetando las formas del principio de no intervención en los asuntos internos. Ya no es ese el caso, las autoridades de Washington echaron la discreción por la borda y hoy ejercen presión de manera abierta.

El antiguo respeto por las formas en la relación Mexico-Estados Unidos era, en buena medida, un reflejo de un cierto respeto de la potencia del norte por la habilidad de la clase política mexicana para mantener su casa en orden sin importar los medios. Sin embargo, desde que se iniciaron las crisis económicas recurrentes en 1976, los gobernantes mexicanos empezaron a ser vistos con sospecha por Washington, y esa sospecha se transformó en certeza cuando mostraron su incapacidad para meter en cintura a los varios grupos organizados de narcotraficantes que operan en México. Esa fue la gota que derramó el vaso y hoy las autoridades, los congresistas y los medio de comunicación norteamericanos, se sienten con el derecho de no usar ya sus guantes blancos cuando tratan con los responsables políticos de México.

Los ejemplos concretos que demuestran que el gobierno mexicano ya no tiene la capacidad que tuvo para hacerse respetar por el norteamericano vía la defensa del principio de no intervención, son varios. Y esos casos van desde las duras condiciones que sobre nuestra política económica interna impuso Washington a raíz del préstamo de emergencia para sobrevivir al "error de diciembre" de 1994, hasta la lista que los norteamericanos le entregaron a Ernesto Zedillo para informarle cuales políticos priistas no podía estar en su gabinete por despertar sospechas en las agencias antinarcóticos de Washington (The New York Times, 23 de febrero). El caso más reciente es el de la llamada "certificación". Tras asumir el alto costo político de dar por buena la cooperación del gobierno mexicano en la lucha contra las drogas, el presidente William Clinton declaró: "Continuaremos presionando a nuestros socios en México a tomar duras acciones [contra el narcotráfico]" (Reforma, 2 de marzo). A partir de esa afirmación, toda acción en materia de narcotráfico o policía que tome México se podrá interpretar como resultado de una presión externa, como de hecho ya se hace con el nombramiento de militares en los cuerpos de policía en varias ciudades mexicanas, pues según Newsweek (3 de marzo), esa medida le fue sugerida a México por el general Barry Mccaffrey, encargado del combate al narcotráfico en Washington.

Una Explicación.- La vulnerabilidad de los actuales líderes mexicanos frente a las presiones de Estados Unidos,

es sólo una de las consecuencias de la patética incapacidad del gobierno mexicano para responder al desafío que representan los señores de la droga. Los ejemplos al respecto sobran. El más reciente tuvo lugar hace apenas unos días. En su afán por conseguir la aprobación del presidente norteamericano en la aprobación anual de la conducta de más de tres decenas de países en la lucha contra el comercio de drogas, la Procuraduría dio un golpe espectacular y capturó finalmente a Oscar Malherbe, el más alto dirigente del llamado cartel del Golfo. Sin embargo, casi al mismo tiempo, la misma institución debió informar que otro conspicuo miembro de esa misma organización criminal, Humberto García Abrego, hermano del ex jefe del cartel, simplemente se le había escurrido de entre las manos cuando se le tenía declarando en el mismísimo edificio del Instituto Nacional para el Combate a las Drogas. ¡Con razón, y desde Estados Unidos, la revista Time informó que nuestro gobierno había decidió seguir el camino que recorrió al disolver la Dirección Federal de Seguridad (DFS) en los años ochenta y ahora hará lo mismo con el INCD (Reforma, 3 de marzo)!. Como alguien dijera hace años en relación a Vietnam: a nuestras instituciones policiacas hay que destruirlas para poder salvarlas.

Parte central de la explicación del fracaso de la lucha contra el narcotráfico, del colapso del sistema de procuración de justicia, de la descomposición de la estructura política de México, consiste en interpretar tales

procesos como resultado del brutal conflicto entre dos élites tan sobradas de recursos como carentes de escrúpulos: la élite formada por los herederos de la vieja clase política surgida del PRI y una nueva, llena de energía y juventud: la de los jefes del narcotráfico.

En esta lucha entre los gobernantes y sus policías por un lado, y los traficantes de la droga y sus pequeños pero bien equipados ejércitos privados por el otro, se encuentran atrapadas nuestras instituciones jurídicas y políticas, la política exterior y la sociedad en su conjunto. Hasta hoy y en términos generales, el conflicto de intereses entre ambas élites --la gobernante y la de los narcotraficantes-- continúa, pero a nivel individual ya se han dado tantos arreglos --ahí está el caso del general Jesús Gutiérrez Rebollo-- que se están borrando las diferencias entre ambas para dar paso a su integración, a la institucionalización del narcopoder; (para ejemplos concretos, véase a Eduardo Valle, El segundo disparo. La narcodemocracia mexicana, Océano, 1995).

Una Hipótesis. - John Randolp, un político norteamericano del siglo XIX, definió así a un colega: "Es un individuo de estupendas habilidades, pero totalmente corrupto: brilla y apesta como una macarela putrefacta a la luz de la luna". Lo mismo se puede decir de la clase política que finalmente surgió del fuego y el polvo de la Revolución Mexicana. Pero con el paso del tiempo, pareciera que el primero componente --la "estupenda habilidad"-- se ha

perdido en tanto que el segundo --la "corrupción total"-- se mantiene e incluso se acentúa. Ahora bien, habilidad decreciente y corrupción creciente es, tanto una caracterización del actual liderazgo mexicano como una receta para el desastre nacional.

La Habilidad que se Pierde.- No hay duda que, en sus inicios, la clase dirigente mexicana si tuvo habilidad política. No es casualidad que el régimen que surgió de la gran guerra civil que se libró en nuestro país desde el levantamiento de Francisco I. Madero a fines de 1910 hasta la derrota de Villa en 1916 y el asesinato de Zapata en 1919, sea hoy día el decano de los sistemas no democráticos en el planeta. Su clase política, de Alvaro Obregón hasta Carlos Salinas pasando por Miguel Alemán, del grupo de Sonora al grupo de Atlacomulco pasando por infinidad de caciques regionales o corporativos, como Saturnino Cedillo, Gonzalo N. Santos, Leobardo Reynoso, Luis N. Morones, Joaquín Hernández Galicia "La Quina" o Fidel Velázquez, se nutrió de tipos con "estupendas habilidades" pero "totalmente corruptos". Esa mezcla de habilidad con pocos escrúpulos, era justamente la que Maquiavelo deseaba para su príncipe en la Italia de los siglos XVI y XVII.

Con el ímpetu de la juventud y de la energía liberada por la Revolución Mexicana, la clase política que originalmente monopolizó el poder a principios de este siglo, creó instituciones y prácticas muy eficaces para derrotar a quienes la desafiaron y poder heredar su posición

exclusivamente a quienes ella decidiera. El ejemplo más acabado de esa habilidad original de los dueños del poder en nuestro país, fue la creación del partido de Estado, el PRI. En la época dorada del autoritarismo postrevolucionario, a mediados del siglo, mientras en otras latitudes otros grupos soñaban con adoptar el modelo mexicano, la clase política mexicana descansaba complacida en sus laureles y Estados Unidos le respetaba. Pero esa época ya pasó.

La burocratización y el cambio en la naturaleza de la sociedad mexicana e internacional, fueron mellando la capacidad de dirección y control de los herederos del autoritarismo original. El tiempo decantó el contenido del sistema político y, poco a poco, se perdió la habilidad del liderazgo revolucionario --pudo heredar el poder y sus mecanismos, pero no una sabiduría producto de un brutal proceso de selección, donde se triunfaba, se moría o se terminaba en el exilio--, y se fue quedando lo más pesado, lo que sólo requiere callosidad de espíritu: la costumbre de la corrupción.

La Otra Elite, la del Narcotráfico.- Originalmente, la idea la desarrolló en Italia Vilfredo Pareto y la expuso en su Tratado de sociología general (1916): el acceso y mantenimiento del poder es asunto de la circulación de las élites. Inevitablemente, todo grupo dominante pierde ímpetu y tarde o temprano debe enfrentar el desafío de ciertos individuos surgidos de las clases sociales bajas, llenos de ambición, energía e inteligencia.

Entre los varios grupos que han desafiado a los herederos de los que ganaron la guerra civil mexicana de principios del siglo, hay uno que, en su origen, no era político y que estaba formado por individuos que se habían hecho a si mismos y eran empresarios de una economía ilegal pero muy dinámica y llena de recursos: los narcotraficantes. Para poder mantener y expandir su negocio frente y a pesar de las acciones que en su contra tomó el gobierno mexicano por presión del norteamericano, estos "empresarios negros" tuvieron que confrontar a sus adversarios explotando el punto más débil del aparato estatal mexicano: la corrupción de policías, jueces, militares, gobernadores y, finalmente, del primer círculo del poder. En esta confrontación con el sistema, los narcotraficantes jugaron con las propias reglas de sus enemigos, pero con mayor habilidad y agresividad.

Quienes han sido la causa de que los norteamericanos estén humillado a la élite política mexicana, son un puñado de personas que emergieron de las clases populares de la misma manera en que antaño lo hicieran algunos de los líderes de la propia Revolución de 1910: a balazos. Son individuos con poca educación formal pero llenos de energía, ambición, inteligencia y falta de escrúpulos. Ahí esta, por ejemplo, el caso del mismo Oscar Malherbe, que gracias a su inteligencia y reconocida ferocidad pasó de simple lavacoche a los 15 años, a ser el heredero de Juan García Abrego, el jefe del cartel del Golfo, (Reforma, 2 de marzo).

El Problema de Fondo.- En esta peculiar lucha de élites, lo que importa no es lo que les sucede o pueda suceder a esos grupos, sino el gran daño que ambos hacen a la sociedad, a su moral, a sus estructuras jurídicas y a su soberanía. El desafío para la sociedad mexicana hoy, consiste en transformar el régimen político actual para poder rehacer el entramado institucional y dotarlo de la fuerza y la efectividad que sólo da la legitimidad. En cualquier caso, queda claro que el peor enemigo de nuestro interés y proyecto nacionales, es la corrupción, tal y como lo afirmara hace medio siglo Daniel Cosío Villegas.